

33. Puertas de entrada - La Madre del Aprendizaje

- 33. Puertas de entrada - La Madre del Aprendizaje

33. Puertas de entrada - La Madre del Aprendizaje

Capítulo 033: Puertas de entrada

Al permanecer inmóvil en la sala vacía de la casa de Vazen, Zorian observaba con mal humor la mancha de sustancia verdosa que se extendía ante él, currently consumiendo el suelo con un siseo audible. Rara vez se podía notar que, no hace mucho, aquel limo ácido que tenía delante era una pila de documentos importantes resguardados en la caja fuerte de Vazen. Parecía que al comerciante no le agradaba que alguien echara un vistazo a esos papeles.

La operación comenzó bien. Todo marchaba sin contratiempos. Sin sentir la necesidad de inventar la rueda, Zorian empleó su método habitual de entrar en la casa de Vazen y empezó a desactivar las protecciones en la caja fuerte. Además de la trampa de explosivos familiar, descubrió una trampa de sueño diseñada para dejar inconscientes a los posibles ladrones en cuanto tocaran la caja fuerte. Desactivó ambas trampas y, al comprobar que no había más hechizos protegiendo la contenido, intentó retirar los documentos inmediatamente.

Enseguida, activó un mecanismo que vertió una mezcla acuosa altamente corrosiva sobre el contenido de la caja fuerte. La buena noticia fue que logró evitar que le cayera esa sustancia en las manos; considerando lo que estaba haciendo al suelo en ese momento, probablemente hubiese mordido sus huesos antes de poder quitarse la sustancia. La mala, que no logró salvar ni un solo documento antes de que la sustancia los destruyera. Pudo levitar los papeles fuera de la caja, sí, pero la sustancia actuaba como pegamento, adhiriéndose a ellos con fuerza. No pudo separarlos antes de que la sustancia los diese por devorados y continuara disolviendo el suelo debajo de ellos.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Realmente, agradeció no haber tenido las manos en contacto con esa sustancia, logrando apartarlas a tiempo.

Una vez más, Zorian se vio obligado a abandonar la casa de Vazen sin nada. La tentación de hacer explotar el lugar en represalia al volver a casa era fuerte, pero era una idea infantil e insensata. La muerte de un hombre tan influyente atraería mucha atención, y además, Alanic probablemente estaba muy atento a sus movimientos. Después de todo, él también había intentado robarle, así que no tenía derecho a sentirse particularmente ofendido.

Aún así... Zorian estaba ahora completamente convencido de que Vazen participaba en actividades muy clandestinas, y no se trataba solo de fraudes fiscales o espionaje industrial. No podía ser que Vazen hubiera preparado su caja fuerte para destruir documentos como contratos comerciales o planos de producción si era descubierto; la cantidad de dinero que habría perdido haciendo eso sería exorbitante. Había algo más allá de esos papeles, algo sumamente ilegal y comprometededor,

hasta el punto de que Vazen preferiría perderlo todo antes que ser descubierto con ello.

Estaba seguro de que volvería en el próximo reinicio. Tal vez las fechorías del hombre no estaban relacionadas con los invasores ibasanos que perseguían a Cyoria o con el grupo que atacaba a los magos del alma en Knyazov Dveri, pero Zorian dudaba que fuera así. Al menos, no le costaba nada comprobarlo.

En realidad, solo faltaba que Vazen le tuviera preparadas sorpresas aún más horribles, por si lograba superar la segunda capa de sus defensas. La próxima vez, sería con una vara de diez pies, porque no pensaba meter las manos en esa caja fuerte otra vez.

- descanso -

Al día siguiente de haber sobrevivido al embate fallido justo fuera del templo de Alanic, Zorian llegó a su próxima sesión de meditación sintiéndose algo nervioso. Y no solo por la posibilidad de otra emboscada, — no le gustaban las miradas que Alanic le había dirigido al hacer su declaración y Zorian se preocupaba por lo que eso podría significar para él. Sin embargo, aquella lección había sido completamente rutinaria; no hubo segunda emboscada, y Alanic no mostró signos de estar molesto o sospechoso respecto a él. Por lo tanto, decidió borrarlo de su mente y seguir el ejemplo de Alanic actuando como si nada hubiera pasado.

Ahora, tres días después, Zorian podía afirmar con seguridad que eso había sido un error. Ser arrastrado al patio del templo para una "prueba de sus habilidades de combate" sonaba sospechosamente a castigo para sus oídos.

Por cierto, ¿por qué un templo tenía un campo de batalla en su patio en lugar de un jardín tranquilo y apacible o algo por el estilo? Entre eso y las mazmorras en el sótano, empezaba a desconfiar seriamente de las credenciales espirituales de aquel edificio.

— Bueno, no es que no agradezca tu ayuda para fortalecer mis modestas capacidades de combate, pero realmente deberíamos centrarnos en hacer que funcione mi vista interior del alma —dijo Zorian, acomodándose incómodamente en su lugar—. Tú mismo me dijiste que esta habilidad requiere mi total concentración para dominarla correctamente.

Alanic simplemente lo miraba, en silencio e impassible, desde su esquina del arena.

Y luego hizo un gesto con su bastón hacia Zorian y le lanzó una bola de fuego.

Zorian no se sorprendió por el ataque. Para ser honesto, esperaba algo así. Lo que sí le desconcertó fue que eligiera ese hechizo en particular para comenzar el combate. La bola de fuego no era algo que lanzaras a un mago junior para ponerlo a prueba—¡era demasiado letal para eso! Incluso uno limitado podría matar a un humano con un solo impacto, y un hechizo de escudo regular no podía protegerse contra ella. Por muy poderoso que fuera, seguía siendo simplemente un disco de fuerza frente a quien lo lanzaba; la esfera de energía ígnea emergente simplemente lo rodeaba y absorbía al lanzador tras él.

El susto duró solo un instante, pero luego levantó inmediatamente una cúpula de fuerza a su alrededor —no solo un escudo, sino un aegis completo que le protegía desde todos los ángulos a la vez. La bola de fuego golpeó la cúpula poco después, y la vista de Zorian quedó momentáneamente opacada por un manto de fuego.

Cuando el fuego se disipó, se encontró nuevamente frente a Alanic, el sacerdote tan silente y firme como siempre. Su aprensión respecto a la situación disminuyó ligeramente. La bola de fuego había sido muy débil. Lo sabía porque uno de los magos retirados a quienes ayudó en sus paseos sin rumbo antes de llegar a Knyazov Dveri le había enseñado a obtener retroalimentación de sus hechizos defensivos, y su aegis había resistido con firmeza un hechizo que debería haber puesto a prueba sus límites. Zorian estaba seguro de que aquel hombre frente a él podía haber hecho mucho mejor si hubiera querido. El hecho de que no siguiera inmediatamente su ataque con algo para acabar con él reforzaba la idea de que esto en realidad era una especie de prueba.

Una prueba muy peligrosa y desordenada, pero ya estaba acostumbrado a cosas así en este punto.

Él lanzó un único misil mágico hacia Alanic. Podía ver la despreocupada sonrisa del hombre mientras levantaba perezosamente su brazo para bloquear el escueto ataque, y reprimir una sonrisa. Aunque parecía un hechizo de misil mágico, el proyectil era todo menos eso: no se estampaba con fuerza contra objetos, sino que estallaba en una onda spherical de fuerza, muy similar a una bola de fuego que empleaba fuerza en lugar de llamas. Una bola de fuerza, por así decirlo. Alanic probablemente usaría un escudo común en lugar de un aegis completo contra un misil mágico insignificante, y entonces la bola de fuerza—

El espacio frente a Alanic de repente se torció y brilló, y la bola de fuerza de Zorian desapareció rápidamente. Una onda de disipación, si tenía razón. Maldita sea. Entonces Alanic decidió que era su turno otra vez, y Zorian estaba demasiado ocupado esquivando rayos de fuego y columnas de incineración para concentrarse en maldecir internamente.

Zorian pronto se dio cuenta de que a Alanic le encantaban los hechizos de fuego. Incluso después de cambiar de escudos de uso múltiple a variantes diseñadas específicamente para soportar magia de fuego, sacrificando eficacia contra otros tipos de daño, él persistía en usarlos. Tras que su primer aluvión de proyectiles de fuego débiles, rápidos y en gran cantidad no lograra sobrecargar a Zorian, optó por intentar aplastarlo con esferas gigantes y lentas de fuego que no explotaban y, en cambio, buscaban simplemente envolverlo en sus llamas. Después de que Zorian lograra disiparlas, respondió con más bolas de fuego—y esta vez no se contuvo.

Zorian intentó contraatacar en cuanto vio alguna apertura, pero todos sus ataques fueron neutralizados con facilidad, desde un desprecio absoluto. Falló en crear polvo u otros obstáculos visuales porque Alanic podía, de alguna manera, hacer que una ráfaga de viento dispersara esos ataques sin hacer un solo gesto ni aparentar esfuerzo alguno. Los objetos eran inútiles porque podía lanzar telequinéticamente todos los proyectiles con un simple gesto de barrido, y cualquier proyectil mágico era bloqueado, interceptado o disipado. Incluso cuando Zorian empezó a lanzar proyectiles en trayectorias parabólicas, zigzagueantes o en espiral, el sacerdote parecía no tener problema en seguirles la pista y responder a tiempo.

Finalmente, Zorian se quedó casi sin maná y decidió terminar con un golpe impresionante. Concentró la mayor parte de su mana restante en un rayo de fuerza que disparó rápidamente contra la cara de Alanic. El ataque habría matado al sacerdote si hubiera logrado conectarle, aunque Zorian sabía que eso nunca sucedería. Efectivamente, el hombre esquivó simplemente el golpe y Zorian colapsó, exhausto, en el suelo, con los brazos en señal de rendición.

—Me rindo —jadeó—. Cualquier punto que quisieras demostrarme, ya lo has hecho. Aunque si todo esto fue para mostrarme que no soy el pez más grande del estanque, no hacía falta molestarse; sé muy bien lo mal que estaría en un enfrentamiento contra un mago de batalla veterano.

—El objetivo era ver cuánto tiempo te tomaría resortear a movimientos letales —dijo Alanic, acercándose y ofreciéndole la mano. Zorian reflexionó en silencio sobre si usar el hechizo de 'toque impactante' para electrocutar al idiota, pero finalmente decidió ser una persona más grande y aceptar su ayuda para levantarse. Probablemente no hubiera funcionado, de todos modos. —Me decepciona que no hayas dado lo mejor hasta que estabas delante de tus últimos recursos. —

—¡Que te den, Alanic! —exclamó Zorian—. ¿Qué clase de lunático intenta matar a su rival en una simple práctica!?

—¿Tú? —intentó Alanic, una sonrisa burlona surcando sus labios—. ¿Realmente intentaste matarme al final, no?

—Eso es... sabía que no tendría ninguna oportunidad de lograrlo realmente.

—Sí, y estoy seguro de que te diste cuenta de eso a los uno o dos minutos de comenzar la prueba. Deberías haber dejado de contenerte en ese momento, o al menos haber seguido mi ejemplo en cuanto al nivel de force permitida.

—En realidad, mejor concentremos la atención en ese tema—indicó Zorian—. ¿Y si me hubieras acabado matando? Algunos de esos hechizos con los que intentaste golpearme hubieran enviado a un hospital por meses, si no los hubiera resistido. ¡Posiblemente me hubieras asesinado directamente! Las habilidades que usé para sobrevivir a tu 'prueba' no son algo que tuvieras derecho a esperar de mí.

—Puedo controlar el fuego que quema—dijo Alanic con naturalidad. Zorian quedó sinceramente desconcertado por eso. ¿Era eso posible?—. También poseo un artefacto divino que puede curar cualquier quemadura mientras la víctima siga viva. Independientemente de cómo se vieron las cosas para ti, en realidad estabas en muy poco peligro. Sin embargo, claramente pensaste que estaba siendo excesivamente agresivo y aún así te contuviste. Esa clase de duda te costará la vida algún día. Como casi ocurrió hace unos días.

—Sabía que esto se trataba de esos tiradores que desactivé—murmuró Zorian.

—Sí. Desactivados. Intentaron matarte, con una emboscada, nada menos, y tú simplemente los dejaste inconscientes. Hay una diferencia entre ser misericordioso y ser necio.

—¿Estás seguro de que eres un sacerdote?—refunfuñó Zorian.

—Un guerrero-sacerdote—aclaró Alanic—. No todos los órdenes religiosos abogan por la paz y el perdón. E incluso aquellos que lo hacen, por lo general, hacen excepciones en cuanto a la autodefensa, en la práctica si no en la teoría.

—Bien, justo—resumió Zorian—. Pero, ¿por qué te importa? ¿Por qué te resulta tan molesto esto?

—Esa es una pregunta tonta. No quiero que mueras, por eso.

—Eh—Zorian hizo una pausa, momentáneamente sin saber qué responder. ¿Qué carajo quería decir eso? De verdad deseaba que Alanic no fuera tan completamente impredecible para su empatía.—Mira, seré honesto contigo—prosiguió—. No estuve siendo misericordioso realmente. Estás interpretando mal toda la situación. Simplemente atacué a los enemigos de la mejor manera que pude.

—Por favor—se mofó Alanic—. Sé muy bien lo difícil que sería detener a un grupo tan grande sin causarles daño mortal. ¿De verdad esperas que crea que esa fue la estrategia de ataque menos peligrosa para ti que tenías a disposición?

—Pues sí—contestó Zorian—. Supongo que sería útil saber que soy un mago mental de nacimiento. Puedo percibir todas las mentes a mi alrededor, sin importar obstáculos físicos ni línea de visión, y puedo lanzar un ataque mental rudimentario contra ellas si así lo deseo. Gracias a esa capacidad, puedo dejarlos fuera de combate fuera de su alcance de disparo, antes de que puedan encontrar mi posición. Matarles requeriría entrar en su rango de ataque para lanzarles algo más letal, y en ese momento, eso me pareció demasiado suicida.

Alanic le dirigió una mirada curiosa.—Una habilidad interesante. Noto que no todos los atacantes fueron desactivados para cuando llegó la patrulla de la Guilda. ¿Simplemente no tuviste tiempo de desactivarlos a todos o...—

—Es un ataque débil—dijo Zorian—. No es difícil resistirlo.

Alanic asintió. Zorian esperaba que el sacerdote no le preguntara en detalle por los mecanismos exactos de su habilidad, ya que no estaba seguro de poder engañar al hombre convincentemente. Afortunadamente, parecía que por el momento no insistiría en el asunto.

—¿Qué habrías hecho si no hubiesen llegado refuerzos? —preguntó Alanic.

—Intentar atraerlos a un campo minado —respondió Zorian con indiferencia—. Así que sí, estuve completamente preparado para hacerlos pedazos si seguían persiguiéndome. Hay muchas cosas de las que me pueden acusar, pero no de ser misericordioso hasta el nivel del suicidio. No tienes que preocuparte por mí.

—No estoy tan seguro de eso —gruñó Alanic—. Pero parece que he malinterpretado un poco tu carácter. Camina conmigo.

Alanic regresó al interior del templo, y Zorian lo siguió. Pronto se encontró sentado en una pequeña cocina que nunca había visto antes, aunque eso no era decir mucho. Nunca había explorado

realmente el sitio, temeroso de provocar la ira de Alanic si ponía un pie en algún santuario privado que los no religiosos no estaban autorizados a visitar. La mayoría de los templos, hasta donde conocía Zorian, tenían al menos un par de esos lugares.

—Dejando de lado los malentendidos, la prueba fue bastante real —dijo Alanic cuando ambos estaban sentados—. Realmente quería ver de qué eras capaz en combate.

—¿Y? —preguntó Zorian con curiosidad.

—Eres mejor de lo que pensaba —dijo Alanic. Zorian se sintió halagado por el cumplido. Alanic no parecía del tipo que reparte elogios a la ligera. —Pero está claro para mí que no eres una leyenda en proceso. Estimo que tus reservas naturales de maná son promedio, en el mejor de los casos, quizás incluso por debajo del promedio, y que tus hechizos tienen el aire de un mago que ha practicado mucho, más que los de un principiante talentoso.

Zorian frunció el ceño, dejando atrás su orgullo inicial.

—Un mago tan joven como tú no debería tener una experiencia en combate tan extensa —continuó Alanic—. Vaya, lo sospechaba desde hace un tiempo, y ahora estoy seguro: no eres un recién graduado que simplemente viaja antes de asentarse, ni un mago itinerante que se topó con algo por encima de sus capacidades. Eres alguien que busca problemas activamente. De hecho, has estado buscando pelea desde hace tiempo...

Zorian permaneció en silencio. Estaba a punto de afirmar que era el problema el que lo buscaba a él, no al revés... pero, al pensar en ello realmente, eso no era del todo cierto en ese momento. La verdad era que en ese preciso instante estaba buscando problemas. Era uno de sus objetivos principales en Knyazov Dveri. Tenía una buena razón para ello, pero igual.

—No voy a pedirte que me digas quién eres —continuó Alanic—. Las personas que comienzan a luchar a tu edad generalmente no son del tipo confiado. Tú nunca me lo dirías, y la verdad, no tengo motivo alguno para presionarte en ese aspecto. Lo que quiero saber es cuál es tu objetivo inmediato aquí. No creo que hayas descubierto por casualidad el encuentro de Lukav con los jabalíes, ni que la marca en tu alma esté completamente desconectada de los enemigos que buscan matarnos. Considerando lo mucho que ambos, Lukav y yo, hemos sido útiles contigo en las últimas semanas, creo que ambos merecemos una mayor sinceridad de tu parte. ¿Qué está ocurriendo realmente aquí, Zorian?

—Independientemente de lo que puedan pensar, mis motivos para venir aquí son exactamente los que ya les expliqué —dijo Zorian—. Realmente quedé atrapado en las secuelas de un hechizo de magia de alma. Vine a Lukav, y por extensión a ustedes, porque quería entender qué me había pasado. Nada de eso fue inventado. Pero...

¿Sí? preguntó Alanic.

— Investigué a las personas detrás de mi ataque —el ataque original que dejó esa marca en mi alma, quiero decir— y descubrí cosas bastante pesadas. Están conectadas de alguna manera con los líderes de Cyoria y tienen vínculos con la rama local del Culto del Dragón. Hasta donde puedo

ver, son de origen Ibasán. Una de mis razones para venir aquí, además de buscar tu ayuda, era salir de su territorio.

— ¿Y crees que nuestros atacantes pertenecen a ese grupo? —preguntó Alanic con suspicacia.

— Considerando lo grande y organizada que es la agrupación Ibasán, no me sorprendería que tengan alguna especie de sucursal aquí. Y el hecho de que ambos grupos utilicen magia de muertos y de almas parece indicarme algo, pero en realidad no tengo pruebas y no estoy tan seguro.

Zorian no se sentía cómodo compartiendo todo con Alanic. Por ejemplo, no podía contarle sobre la invasión ni sobre el complot de invocación primordial, ya que seguramente insistiría en comunicarlo a las autoridades de Cyoria y eso podría alertar a Roperero Rojo sobre el paradero de Zorian. Sin embargo, le contó muchas otras cosas... como las desapariciones en la zona. Su propia investigación se había estancado por el momento, así que no le quedaba mucho por perder al contarle todo eso ahora.

Tras varias horas agotadoras de conversaciones y reanudaciones, Alanic prácticamente lo echó del templo, afirmando que debía pensar en todo. Zorian agradeció que fuera así, ya que ya estaba harto de toda esa charla... aunque probablemente Alanic no quisiera volver a verlo al día siguiente.

Bueno, aunque ese hombre se negara a verlo después, siempre quedaba la próxima vez. Tampoco le quedaba mucho tiempo en esa reinicialización, de todos modos.

— break —

Zorian estaba en medio de colocar un brazo izquierdo en el gólem de madera que construía cuando una mente humana apareció de repente en su habitación. Le gustaría decir que reaccionó de inmediato y con determinación, pero la verdad es que quedó paralizado por la sorpresa y el miedo, pasó varios momentos tartamudeando en busca de una respuesta, y luego se dio cuenta de que su misterioso 'atacante' en realidad era Alanic.

Le lanzó una mirada fulminante al sacerdote que acababa de teletransportarse sin advertencia, intentando quemarlo con la mirada. Lamentablemente, esa no era una de sus habilidades, y Alanic parecía completamente impasible ante su señal de advertencia.

Nota para mí: encontrar un hechizo que permita prender fuego a lo que estés mirando.

— ¿Qué coño crees que estás haciendo, Alanic? —le espetó Zorian—. Podría haberte disparado si no hubiera reconocido quién eras a tiempo.

Alanic le echó un vistazo a su rifle a medio desmontar sobre la cama de Zorian y levantó una ceja.

— Bueno, eso claramente no, —murmuró Zorian.

— No fuiste a tu lección vespertina —dijo Alanic con desaprobación—. Pensé que sería prudente comprobar cómo estabas.

— Pensé que tal vez debería darme algo de tiempo —contestó Zorian a la defensiva—. Parecías bastante molesto ayer.

— Estaba preocupado, no enojado —resumió Alanic—. Necesitaba un tiempo para pensar. Si quisiera que faltarás a tu lección, habría sido yo quien te lo pidiera. Miró al gólem a medio terminar y levantó la ceja a Zorian—. Una elección curiosa de materiales para un gólem.

«Es un prototipo», afirmó Zorian. «No espero mucho de mi primer gólem, así que quería fabricarlo con algo barato y fácil de manejar.»

Alanic sacudió la cabeza. «En realidad, no importa mucho. Supongo que puedo darte un día libre de clases. Pero dime, ¿hay algo más que hayas olvidado mencionarme ayer?»

«No, realmente no», afirmó Zorian. Nada salvo las cosas que había decidido mantener en secreto, al menos. «Sin embargo, me gustaría hacerte una pregunta, si me lo permites. Como experto en magia de almas, ¿crees que es posible matar un alma?»

«No», dijo Alanic de inmediato. «¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Necesito leerte pasajes del Libro de Zikiel otra vez?»

«¡No!», protestó Zorian. «No, eso no será necesario. Sé que eso dicen los libros, pero... el nigromante del que te hablé, aquel que mató a mis informantes?»

Alanic asintió, señalando que sabía a qué se refería Zorian. En verdad, no conocía ni la mitad de la historia. Por un lado, Zorian nunca le explicó al sacerdote que esos informantes habían sido arañas gigantes parlantes. Sin embargo, Zorian había contado suficiente para que Alanic entendiera la situación.

«Aseguré haber hecho más que simplemente matarlos. Dijo que les quitó el alma misma para asegurarse de que jamás volvieran.»

«Eso es una jactancia vacía. Solo intentaba desmoralizarte», escupió Alanic. «Los espíritus son inmunes a la muerte. Son corruptibles, sin duda, pero no pueden ser destruidos.»

«¿Y si realmente tuviera tiempo ilimitado para descubrir algo?», insistió Zorian. «Mencionó que pasó décadas en un campo de dilatación temporal mientras me arengaba.»

«Los nigromantes han intentado destruir un alma durante más de mil años sin éxito», afirmó Alanic. «Buscar una forma de abrir el núcleo inquebrantable del alma, para entender qué los impulsa y si se puede manipular y duplicar, ha sido la meta de muchos nigromantes a lo largo de los siglos. Y muchos de ellos dedicaron siglos a su aterrador trabajo, sin preocuparse por la ética ni por la piedad hacia quienes experimentaban. Dudo sinceramente que un mago pueda lograr lo que una milenaria tradición nigromántica no ha podido, solo porque pasó unos meses en una cámara de dilatación temporal. A menos que haya usado esas instalaciones, claro. Personalmente, creo más probable que esté inventando toda esa historia.»

«Pero, ¿y si no se trata solo de meses?», insistió Zorian. «¿Años, incluso décadas?»

«¿Te refieres a esas viejas historias sobre Habitaciones Negras que supuestamente poseen varias organizaciones?», preguntó Alanic. «Esos rumores casi seguramente son falsos. En teoría, no son imposibles, pero en la práctica son mucho más difíciles de lo que parecen. La logística de las cámaras de dilatación temporal es bastante compleja y requiere más que la capacidad de acelerar el paso del tiempo en un área. Y esto es especialmente cierto en experimentos nigrománticos, que necesitan un flujo constante de víctimas como sujetos de prueba. A menos que ese orgulloso nigromante tenga acceso a algo parecido a la Puerta del Soberano, sus afirmaciones son ridículas.»

«¿La Puerta del Soberano?», preguntó Zorian.

«¿Nunca has oído esa historia?», preguntó Alanic. Zorian negó con la cabeza. «Bueno, ¿sabes al menos quién fue Shutur-Tarana Ihilkush?»

«¿Cómo no voy a saberlo?», frunció Zorian el ceño. «Mi profesor de historia nos hizo memorizar los primeros tres capítulos de ‘Las 13 Ciudades de Salaw’ de memoria. ¿El último rey de Ikos, verdad? El que conquistó todas las ciudades-estado alrededor del río Umani-Re y creó el Imperio Ikosiano. ¿Qué tiene eso que ver con todo esto?»

“La Puerta Soberana es un artefacto que, se dice, data de aquella época,” dijo Alanic. “Como muchos grandes gobernantes, Shutur-Tarana está rodeado de historias fantasiosas y afirmaciones grandilocuentes relacionadas con él, y esta en particular asegura que él creó o encontró una puerta hacia otro mundo. Al descubrir que no envejecía en absoluto en el otro lado, pasó ‘11 vidas’ allí, aprendiendo sus secretos y perfeccionando sus habilidades. Con el tiempo, empezó a extrañar su hogar y decidió regresar. Sin embargo, al volver a su mundo, encontró que las puertas estaban permanentemente cerradas para él. Guardó la Puerta Soberana en su tesoro real, allí para esperar a un sucesor digno que repitiera su hazaña y guiara al imperio hacia una nueva era con la sabiduría adquirida del otro lado. O, bueno, para revitalizarlo... ya que, a estas alturas, está completamente muerto.”

“Una historia interesante,” dijo Zorian.

“Pero probablemente solo eso — una historia,” replicó Alanic. “Habría permanecido quizás en el olvido en algún tomo desmoronado, como una de las muchas historias oscuras que rodean al primer emperador, si no fuera porque la familia real de Eldemar la aprecia mucho, ya que afirman poseer la Puerta Soberana.”

“¿Ah, sí?”

“Sí, aunque, siendo sinceros, no soy la mejor persona para preguntar sobre ese tema. Personalmente, creo que toda esa historia es pura invención, un engaño que la realeza de Eldemar ideó para darse un poco más de legitimidad. Nunca mencionaron la Puerta ni ninguno de los otros artefactos Ikosianos que supuestamente poseían hasta que vieron cómo se desvanecían sus ambiciones y su reputación en las Guerras de la Fragmentación. Probablemente, simplemente robaron alguna Puerta Bakora de algún lugar y están intentando hacerla pasar por un auténtico artefacto Ikosiano, rodeada de historias fantásticas. Lo mejor sería consultar a un historiador para una discusión adecuada sobre el tema.”

“De acuerdo,” asintió Zorian. “Solo tenía curiosidad. Pero, ¿qué son esas Puertas Bakora?”

“Eso también deberías consultarlo con un historiador,” respondió Alanic. “En pocas palabras, son una especie de red antigua de teletransportación que antecede en mucho a la civilización Ikosiana. Nadie sabe mucho sobre los Bakora, ya que solo dejaron su red de puertas y algunos otros artefactos dispersos, pero su alcance era vasto: las puertas aparecen en Miasina, Altazia e incluso Blantyrre. Lamentablemente, el arte de activarlas se ha perdido en el tiempo... o tal vez, su magia simplemente se descompuso hace mucho y ya no funcionan. Independientemente de la verdad, ahora son solo curiosidades históricas; los magos modernos tienen su propio sistema de teletransportación operativo, por lo que el interés en las Puertas Bakora se ha disipado, al menos en el ámbito mágico.”

Tras advertir a Zorian de no saltarse la lección del día siguiente, Alanic decidió abandonar de la misma forma en que llegó—teletransportándose fuera. Zorian negó con la cabeza para despejarse de historias fantásticas sobre artefactos ancestrales y siguió trabajando en su prototipo de gólem. Mañana preguntarían a Vani sobre la Puerta Soberana y la red de Puertas Bakora, aunque no esperaba que eso condujera a mucho. Aunque la historia del primer emperador de Ikosia podría interpretarse como una especie de ciclo en el tiempo, no tenía sentido que un artefacto, que supuestamente se almacenaba en la capital, produjera un efecto centrado en Zach y Cyoria. En fin, no le costaba nada preguntar.

Solo media hora después, Zorian se dio cuenta de que Alanic había teleportado dentro de su habitación, a pesar de que la había protegido contra la teletransportación.

Frunciendo el ceño, Zorian escribió una nota para sí mismo, recordándole que en los próximos días derribaría su actual esquema de protección y colocaría uno más robusto. Y una segunda nota para preguntarle a Alanic cómo diablos había logrado eso.

- pausa -

Zorian había estado preocupado de que Vani no lo recibiera en su hogar con la misma calidez que la última vez que conversaron en la anterior reinicio. Al fin y al cabo, no había pasado el mes eliminando visible y sistemáticamente a la población de lobos invernales como en aquella ocasión, y eso parecía haber influido profundamente en él.

Al final, no tuvo por qué preocuparse. El hombre era tan amigable y servicial como siempre, aunque igualmente charla y propenso a divagar.

“Ah, Ulquaán Ibasá, la isla de los exiliados,” dijo Vani. “Un lugar fascinante y un tema igualmente cautivador. ¿Sabes? Escribí un libro sobre la Guerra del Nigromante. No es un tema fácil de abordar con objetividad, ya que muchos están dispuestos a despreciarlos como monstruos y criminales sin más...”

Zorian emitió un sonido que podría interpretarse como acuerdo, aunque en realidad, su opinión sobre los Ibasans no podía ser más baja. Quizá si no hubiera sido testigo repetidamente de tantas muertes y destrucción en Cyoria, podría haber sentido cierta lástima por ellos, pero en su situación... Para él, eran verdaderamente una escoria peligrosa.

Sin ser consciente de las reflexiones internas de Zorian, Vani emprendió una explicación extensa sobre las causas que llevaron a la Guerra del Nigromante. Habló de disputas sucesorias en varias casas y familias reales prominentes, que surgieron cuando sus líderes se convirtieron en lichés y vampiros, y sus herederos comprendieron que jamás heredarían sus derechos de nacimiento, ya que sus progenitores no morirían solo por vejez. Comentó sobre las personas comunes, que odiaban a los nigromantes con furia y resentían ser gobernadas por no-muertos. Y, finalmente, habló del ansia de supremacía de Eldemar y de cómo todos estaban demasiado dispuestos a demostrar su autoridad sobre todo Altazia, participando en cada disputa para colocar en puestos de liderazgo a quienes mostraran mayor simpatía por ellos.

Todo culminó cuando el reino de Sulamnon, por aquel entonces en unión personal con Eldemar, se levantó en rebelión contra su rey, con el apoyo de Reya y Namassar. Al perder esa revuelta, se vio obligado a establecer una prohibición total sobre la nigromancia, bajo pena de perder sus tierras ante la corona. De implementarse, esa prohibición destrozaría el ejército de Sulamnon, que en ese momento contaba con el uso de no-muertos en sus filas, además de obligar a varios aristócratas prominentes a ceder sus títulos a sus hijos y exiliarse.

Los nigromantes de Sulamnon rechazaron aceptar el tratado y levantaron su propio ejército, reforzado por la parte del ejército sulamní que aún creía tener oportunidad de ganar si continuaba luchando. Pronto, se unieron a ellos otras fuerzas que resentían el creciente poder de Eldemar: las tribus Khusky aún con algo de capacidad militar, los restos de convenios de brujas, la aristocracia no-muerta de otros países que vieron la dirección que tomaba la guerra y querían impedir que se les tratara igual, además de diversos actores oportunistas que veían más ventajas en apoyar a los nigromantes que en respaldar al rey de Eldemar. Así empezó la Guerra del Nigromante.

Pronto, los nigromantes demostraron ser enemigos despiadados y crueles, y las atrocidades que perpetraron contra aldeas capturadas y soldados derrotados conmocionaron al continente. Cualquier apoyo o simpatía que pudieran tener de partes neutrales, que deseaban ver a Eldemar humillada, se evaporó rápidamente. En lugar de convertirse en una fuerza unificadora contra la dominación de Eldemar, le dieron exactamente a ese reino el conflicto necesario para afianzar su autoridad y legitimidad. Cuando el general de Eldemar, Fert Oroklo, derrotó al ejército del nigromante dirigido por Quatach-Ichl, destruyéndolos como una fuerza coherente, el continente exhaló aliviado. El reino de Eldemar reescribió el mapa a su favor y fue visto como un héroe, en lugar de un invasor tiránico. Las partes supervivientes del ejército del nigromante huyeron hacia la isla helada del norte, que desde entonces sería conocida como la isla de los exiliados: Ulqaan Ibasá.

El rey de Eldemar amablemente accedió a no perseguirlos hasta su nuevo hogar. Sin duda, eso fue por su gran misericordia, más que por su renuencia a enviar soldados a alguna tierra helada y sin valor para cazar a un enemigo derrotado.

Pero, considerando que pasaron más de cien años antes de que los exiliados empezaran a causar problemas nuevamente, Zorian supuso que no podía culparlo por su razonamiento. Diablos, todavía no estaba seguro de qué esperaban obtener los ibasanos con la destrucción de Cyoria. Supuso que, si su liderazgo estaba formado por no-muertos inmortales, quizás habían participado personalmente en la Guerra de los Nigromantes y todavía guardaban rencor por ello.

“Bueno, odio interrumpir una historia tan fascinante, pero realmente esperaba preguntarte por algunos artefactos históricos,” dijo Zorian cuando finalmente notó un momento de calma en la ‘discusión’ de Vani.

“¿Oh?” dijo Vani, animándose.

“Sí, me gustaría saber si tienes algunas fuentes sobre las puertas de Bakora y la Puerta del Soberano.”

“La Puerta del Soberano no es nada,” dijo Vani despectivamente. “Los reyes ni siquiera dejan que nadie la vea, mucho menos que la examine. Dudo que exista en realidad. Sin embargo, las puertas de Bakora...”

Vani empezó a rebuscar en sus pilas de libros y continuó haciéndolo durante unos quince minutos más. Finalmente, encontró lo que buscaba en un rincón olvidado. Pasó las páginas del libro hasta hallar la que necesitaba y, luego, se la entregó a Zorian, señalando la ilustración estampada en ella.

Las puertas de Bakora no se parecían en nada a lo que Zorian había imaginado. Cuando Alanic las describió antes, pensó que serían algo así como arcos o anillos de piedra o algo por el estilo. En cambio, parecían cubos hexagonales huecos, ensamblados con algunas barras negras. Desde su punto de vista, no tenían mucho de portón.

“Es difícil estudiar las puertas, ya que nadie ha presenciado su funcionamiento en mucho tiempo, pero, según las inscripciones en sus bases y los registros escritos conservados, sabemos que funcionan de manera similar a una plataforma de teleportación,” explicó Vani, haciendo un gesto con el dedo sobre la ilustración por... alguna razón. “Solo que abren un agujero dimensional que conecta una puerta con otra, en lugar de teletransportar a las personas en su interior. Probablemente no sea muy recomendable estar dentro de la puerta cuando se active.”

Zorian le lanzó una mirada incrédula.

“Bueno, quiero decir, podría tener alguna especie de mecanismo de seguridad para abortar la activación si alguien está adentro,” defendió Vani. “De todos modos, las barras probablemente son estabilizadores, asegurándose de que la fisura permanezca abierta el tiempo suficiente para que las personas puedan atravesarla.”

“Hmm. Suenan realmente poderosas y exóticas. Me sorprende que haya tan poco interés en ellas,” comentó Zorian.

“La mayoría piensa que no son tan eficientes como las plataformas de teleportación modernas, y que además son sumamente costosas y difíciles de construir. La hechicería de las puertas probablemente fue invertida desde las puertas de Bakora, cuando todavía sabían cómo activarlas, y representa prácticamente la cúspide de la magia dimensional, que muy pocos magos pueden usar de manera segura. La magia de la teletransportación, por otro lado, es relativamente accesible y económica. Al final, todo se reduce a que actualmente están inactivas y nadie sabe cómo usarlas. Si es que aún pueden ser utilizadas en tiempos modernos. Son los artefactos

mágicos más antiguos que conocemos; es posible que se hayan destruido hace mucho tiempo.”

“¿Cuántas hay?” preguntó Zorian.

“Se conocen varios cientos,” dijo Vani. “Solo los dioses saben cuántos más permanecen ocultos en alguna jungla lejana o en lo alto de alguna montaña. La Bakora realmente disfrutaba colocando esas puertas por todas partes, parece. Hmm... en realidad creo que tengo un mapa con todas las puertas registradas en Altazia.”

Tardó más de media hora en encontrar el mapa en el desastre que era su casa, pero al final logró hallarlo. Zorian lo examinó con curiosidad, notando de inmediato un lugar en particular.

“¿Cyoria tiene una puerta Bakora?” preguntó incrédulo. “¿Cómo? ¿Dónde? Nunca había oído nada sobre eso.”

“Oh, eso.” Vani bufó. “Casi olvidé mencionar esa. Esa puerta está en los niveles más bajos de la mazmorra debajo de Cyoria, muy profundo en los niveles peligrosos. Sería un suicidio para la mayoría de los magos ir allí, así que, hasta donde sé, nadie estudia esa puerta. Los investigadores interesados en las puertas tienen lugares más seguros para establecer campamento.”

Después de observar el mapa durante un rato y no encontrar nada realmente notable, Zorian agradeció a Vani por su tiempo y se marchó. Las puertas Bakora eran bastante interesantes, pero no veía cómo podían estar relacionadas con el bucle temporal.

Otro callejón sin salida en lo que a él respectaba, aunque al menos no perdió demasiado tiempo en ello.

- descanso -

Los ojos de Zorian se abrieron de repente, acompañados de un intenso dolor en el estómago. Su cuerpo entero se convulsionó, cediendo ante el objeto que cayó sobre él, y de repente se encontró completamente despierto, sin rastro de somnolencia en su mente.

“¡Buenos días, hermano!” resonó una voz excesivamente alegre justo encima de él. “¡Buenos días, buenos días, BUENOS DÍAS!!!”

Zorian dirigió a Kirielle una mirada incrédula. ¿Qué? ¿Por qué estaba ella aquí? La fiesta de verano aún faltaba días, y lo último que recordaba era haberse dormido tranquilamente. ¿Zach había muerto prematuramente otra vez o le habían matado en sueños sin que se diera cuenta?

Fue sacado de sus pensamientos cuando Kirielle le dio una patada, aparentemente molesta porque la estaba ignorando. Él hábilmente clavó su dedo en su costado, haciendo que ella perdiera su agarre con un grito de indignación, y luego aprovechó su momentánea debilidad para soltarse y ponerse en pie.

“Necesito lanzar un hechizo,” dijo, mirándola. “Por favor, déjame unos momentos a solas.”

“¿Puedo observar?” preguntó ella.

Zorian levantó una ceja, dirigiéndole una mirada seria. “¿Crees que puedes mantener la boca cerrada durante diez minutos?”

Ella se cubrió la boca con la mano, imitando el signo de silencio.

“Muy bien. Entonces ve y cierra la puerta para que mamá no nos moleste,” ordenó. “Necesito toda mi concentración para esto.”

Además, mamá se volvería loca si la encontraba vertiendo sal y polvo de cuarzo en el suelo, así que lo mejor era mantenerla alejada hasta que terminara. Afortunadamente, tenía ambos materiales en cantidades suficientes, por lo que podría realizar el hechizo de rastreo de marcadores sin demora.

Diez minutos después, Zorian volvió a tener una idea clara de dónde se encontraban los individuos marcados en relación con él mismo. Dos de ellos, nuevamente —uno representándolo a él y el otro en dirección a Cyoria. Menos de un minuto después, el otro marcador cambió de posición bruscamente hacia el sureste del lugar original, y poco después se desplazó hacia el sur. Teletransportación. La persona que tenía el marcador parecía estar apurada por alejarse de Cyoria.

No existía ningún tercer marcador.

El otro marcador casi seguramente pertenecía a Zach, pensó Zorian; su compañero de clase había comenzado definitivamente reinicios en Cyoria, y tenía sentido que él tuviera el marcador, ya que Zorian debía habérselo conseguido en algún lugar. Eso dejaba a Roble Rojo, entonces: o él no inició el ciclo temporal cerca de Cirin, logró teletransportarse fuera del radio de detección de Zorian en los aproximadamente 15 minutos que tomó preparar el ritual de rastreo... o simplemente no tenía marcador.

Repetiría el ritual de detección cada par de días para ver si surgía un tercer marcador.

“Ese hechizo es patético,” se quejó Kirielle, dándole una palmadita en el costado y rompiendo su concentración. Aparentemente, su paciencia llegaba hasta allí. “¡No hay nada que ver en absoluto!”

“Aquí, toma un enjambre de mariposas,” suspiró Zorian, conjurando un pequeño enjambre de mariposas brillantes y coloridas. Realmente era un hechizo bastante difícil de lograr, pese al efecto totalmente inútil que producía; requería mucha habilidad y práctica para crear esas ilusiones sólidas y en movimiento, y que parecieran algo mínimamente convincente. Sin embargo, la capacidad del hechizo para distraer y fascinar a Kirielle fue tan grande como él había imaginado: le tomó un minuto completo darse cuenta de que había salido de la habitación.

Valió cada minuto que dedicó a aprenderlo.

- interrupción -

“Muy bien,” murmuró Zorian para sí mismo, respirando profundamente para calmarse. “He desactivado temporalmente el sistema de protección de la casa, neutralizado tanto la trampa explosiva como la de sueño, bloqueado el mecanismo de ácido y destruido la baliza de alarma disfrazada como el sello del documento. Esto es todo. La tercera vez será la vencida.”

Y con eso, Zorian ordenó al golem de madera pequeño frente a él que fuera a buscar los papeles. De ninguna manera iba a acercarse a esa caja fuerte personalmente.

El golem de madera, versión dos, avanzó lentamente. Sus movimientos eran torpes y bruscos, pero no tropezó ni se tambaleó de manera como de borracho, lo cual representaba una mejora significativa respecto al primer modelo. Sería inútil en combate, pero esta tarea era algo que sentía que su creación quizás lograra realizar. De no ser así, tenía en reserva una vara plegable de unos 3 metros.

Sorprendentemente, todo salió sin contratiempos: el golem consiguió abrir la caja fuerte, sacar un montón de documentos sin que ninguna trampa horrible los destrozara en el proceso, y luego se acercó, ofreciéndole su recompensa.

Fue solo cuando intentó tomar los papeles de las manos del golem que ocurrió el desastre: asumió ingenuamente que el golem soltaría automáticamente la pila de papeles cuando Zorian intentara arrebatársela, pero, por supuesto, la muñeca de madera no poseía tales instintos. Fue demasiado lento para soltar el agarre y quedó desequilibrado cuando Zorian, sin querer, lo haló hacia adelante. Antes de que se diera cuenta, toda la pila de papeles voló por los aires y quedó esparcida por el suelo de la sala de estar de Vazen.

Zorian esperaba en parte que los papeles de repente estallaran en llamas por puro resentimiento, pero afortunadamente permanecieron intactos. Solo... completamente desordenados, lo que probablemente requeriría que pasara horas ordenándolos.

“Bah, qué se le va a hacer,” dijo Zorian, recogiendo rápidamente los papeles y amontonándolos de forma desordenada en su bolsa. “Me llevo todo y lo ordeno después.”

Recogió a su torpe golem y se teletransportó fuera de la casa. A pesar de las pequeñas molestias, la misión fue un éxito y finalmente podía descubrir qué era tan importante en estos documentos.